



El Adalid Seráfico

EL ADALID SERÁFICO
Revista para la familia cristiana
editada por los Capuchinos
de Andalucía

Fundada por Fray Ambrosio de
Valencina en 1900

Julio - Agosto 2012
Año CXIII
Núm. 2141
Dep. Legal: SE-54-68

Equipo de redacción:

Director: Fray Fernando Linares
Vicedirector: Fray Antonio de Sevilla

Redactores:

Misiones: Fray Rafael Pozo
Santos y santidad:
Fray Alfonso Ramirez Peralbo

Han escrito en este número:

Fray Fernando Linares
Fray Alfonso Ramirez Peralbo
Fray Rafael Pozo Bascón
Fray Antonio de Sevilla
Ricardo Marquez Villergas
Fray Fernando Rodriguez Muñoz

Maquetación y diseño:

Francisco José Fernández Mateos

Montaje y filmación:

Vanessa Moreno Albuja

Fotografía:

Feromu

Administración:

Ronda de Capuchinos, 1-A
Teléfono: 95 435 28 35
41009 SEVILLA
E-mail: eladalidseráfico@gmail.com

Imprime:

C.E.E Artes Gráficas Paz y Bien Santiponce
(Sevilla)

Precio:

Suscripción ordinaria: 10 €
Protectores: 15 €
Extranjero: 21 €

**Pueden mandarnos su importe mediante
transferencia bancaria a:**

DEUTSCHE BANK
0019-5491-81-4010001065
CAJASUR
2024-0310-60-3300002453

NOTICIAS

En esta revista habíamos anunciado ya la edición actualizada de la obra del V.P. Fray Isidoro de Sevilla “La Pastora Coronada”, a cargo del filólogo Jaime Galbarro García y del historiador Antonio Valiente Romero; ambos acompañan la publicación con sendos artículos de su respectiva especialidad. El primero analiza el texto y lo establece en un español actual asequible a los lectores de nuestro tiempo. El segundo sitúa al autor y a su obra en su entorno religioso y cultural que no es otro que la Sevilla del siglo XVIII.

La presentación tuvo lugar en el coro bajo del convento de capuchinos de Sevilla, donde la tradición sitúa el nacimiento de la advocación de la Virgen María como Madre del Buen Pastor, Divina Pastora, en el corazón y en la Mente del Venerable Padre Isidoro de Sevilla, antes de que naciera en su pluma y pasara pastoralmente a la calle y a los talleres de arte de la barroca Sevilla. En las fotos, a la derecha de D. Manuel García Domínguez, Hermano Mayor de la Hermandad de la Divina Pastora de Capuchinos, D. Antonio Valiente, y a la izquierda D. Jaime Galbarro.



El informe del número anterior de “El Adalid Seráfico” sobre la juventud española, nos dejaba una amarga sensación de desesperanza, como si la conclusión de todos los datos presentados fuera “Esto es así y no tiene solución”. Ciertamente los datos estadísticos son auténticos y verificados científicamente, pero la conclusión no es derrotista, es otra para nosotros y la presentamos en este número con palabras de Benedicto XVI. Si leemos con atención el mensaje que se inserta a continuación, podremos alegrarnos de la luz que el Papa ofrece a los jóvenes para un proyecto de vida cristiano, maduro e integral.

La portada de la revista es la imagen de la Virgen franciscana del verano, Nuestra Señora de los ángeles. Se trata de un óleo sobre lienzo que nuestro amigo el Padre Federico Troter (q.e.p.d.) pintó en 1983 para los capuchinos de Huelva, y que en la actualidad se conserva en nuestro convento de Sevilla. Es una Virgen en oración: María está extasiada contemplando en su corazón al Hijo que también contemplan sus ojos. Los arcángeles Gabriel y Miguel acompañan a su Reina y miran, orantes, al Redentor que, a su vez, nos ofrece a todos nosotros su mirada salvadora llena de inocencia y amor. San Francisco quiso que la capilla dedicada a Nuestra Señora de los Ángeles, en la Porciúncula, que él restauró con tanto trabajo, respeto, dedicación y cariño, fuera el centro de la Orden, como testimonio significativo de pobreza, minoridad y amor a María. Debemos seguir mirándonos en tan humilde capillita y en su Titular, pues nos sigue hablando en sus piedras de los valores que nuestro Padre san Francisco quiso para la Iglesia.

Y que no falten testimonios de vida evangélica para el “Año de la Fe” que pronto va a comenzar. En nuestro número, el Beato Diego nos sigue ofreciendo su vida, el Beato Leopoldo nos enseña a conectar con san Francisco, y el P. Marcelo de Campillos nos explica cómo un joven puede entregar su vida al Señor de una manera radical.



SAN FRANCISCO DE ASÍS Y LOS JÓVENES

S.S. 'Benedicto XVI presenta a los jóvenes a san Francisco como paradigma de joven creyente

“San Francisco habla a todos, pero sé que para vosotros, los jóvenes, tiene un atractivo especial. Su conversión sucedió cuando estaba en la plenitud de su vitalidad, de sus experiencias, de sus sueños. Había pasado veinticinco años sin encontrar el sentido de su vida. Pocos meses antes de morir recordará ese período como el tiempo en que «vivía en pecados» (cf. Test 1).

¿En qué pensaba san Francisco al hablar de «pecado»? Con los datos que nos dan las biografías, todas ellas con matices diferentes, no es fácil determinarlo. Un buen retrato de su estilo de vida se encuentra en la Leyenda de los tres compañeros, donde se lee: «Francisco era muy alegre y generoso, dado a juegos y cantares, de ronda noche y día por las

calles de Asís con un grupo de compañeros; era tan pródigo en gastar, que cuanto podía tener y ganar lo empleaba en comilonas y otras cosas» (TC 2).

¿De cuántos muchachos de nuestro tiempo no se podría decir algo semejante? Además, hoy existe la posibilidad de ir a divertirse lejos de la propia ciudad. En las iniciativas de diversión durante los fines de semana participan numerosos jóvenes. Se puede «vagar» también virtualmente «navegando» en internet, buscando informaciones o contactos de todo tipo. Por desgracia, no faltan -más aún, son muchos, demasiados- los jóvenes que buscan paisajes mentales tan fatuos

como destructores en los paraísos artificiales de la droga.

¿Cómo negar que son muchos los jóvenes, y no jóvenes, que sienten la tentación de seguir de cerca la vida del joven Francisco antes de su conversión? En ese estilo de vida se esconde el deseo de felicidad que existe en el corazón humano. ¿Pero





Murillo: Visión de San Francisco

esa vida podía dar la alegría verdadera? Ciertamente, Francisco no la encontró. Vosotros mismos, queridos jóvenes, podéis comprobarlo a partir de vuestra propia experiencia. La verdad es que las cosas finitas pueden dar briznas de alegría, pero sólo lo Infinito puede llenar el corazón.

El mismo texto biográfico nos refiere que Francis-

co era más bien vanidoso. Le gustaba vestir con elegancia y buscaba la originalidad (cf. TC 2). En cierto modo, todos nos sentimos atraídos hacia la vanidad, hacia la búsqueda de originalidad. Hoy se suele hablar de «cuidar la imagen». Para poder tener éxito, aunque sea mínimo, necesitamos ganar crédito a los ojos de los demás con algo inédito, original. En cierto aspecto, esto puede poner de manifiesto un inocente deseo de ser bien acogidos. Pero a menudo se infiltra el orgullo, la búsqueda desmesurada de nosotros mismos, el egoísmo y el afán de dominio. En realidad, centrar la vida en nosotros mismos es una trampa mortal: sólo podemos ser nosotros mismos

si nos abrimos en el amor, amando a Dios y a nuestros hermanos.

Un aspecto que impresionaba a los contemporáneos de Francisco era también su ambición, su sed de gloria y de aventura. Esto fue lo que lo llevó al campo de batalla, acabando prisionero durante un año en Perusa. Una vez libre, esa misma sed de gloria lo llevó a Pulla, en una nueva expedición militar, pero precisamente en esa circunstancia, en Espoleto, el Señor se hizo presente en su corazón, lo indujo a volver sobre sus pasos, y a ponerse seriamente a la escucha de su Palabra.

Es interesante observar cómo el Señor conquistó a Francisco cogiéndole las vueltas, su deseo de afirmación, para señalarle el camino de una santa ambición, proyectada hacia el infinito: «¿Quién puede serte más útil, el señor o el siervo?» (TC 6), fue la pregunta que sintió resonar en su corazón. Equivale a decir: ¿por qué contentarse con depender de los hombres, cuan-



LA VOZ DEL PAPA

do hay un Dios dispuesto a acogerte en su casa, a su servicio regio?

Francisco escuchó la voz de Cristo en su corazón. Y ¿qué sucede? Sucede que comprende que debe ponerse al servicio de los hermanos, sobre todo de los que más sufren. Esta es la consecuencia de su primer encuentro con la voz de Cristo.

En Asís está el lugar en donde, según la tradición, se hallaban segregados los leprosos -los últimos, los marginados-, con respecto a los cuales Francisco sentía una repugnancia irresistible. Tocado por la gracia, les abrió su corazón. Y no sólo lo hizo con un gesto piadoso de limosna, pues hubiera sido demasiado poco, sino también besándolos y sirviéndolos. Él mismo confiesa que lo que antes le resultaba amargo, se transformó para él en «dulzura de alma y de cuerpo» (Test 3).

Así pues, la gracia comienza a modelar a Francisco. Se fue haciendo cada vez más capaz de fijar su mirada en

el rostro de Cristo y de escuchar su voz. Fue entonces cuando el Crucifijo de San Damián le dirigió la palabra, invitándolo a una valiente misión: «Ve, Francisco, repara mi casa, que, como ves, está totalmente en ruinas» (2 Cel 10). Es la imagen de Cristo crucificado y resucitado, vida de la Iglesia, que, si estamos atentos, nos habla también a nosotros, como habló hace dos mil años a sus Apóstoles y hace ochocientos años a san Francisco. La Iglesia vive continuamente de este encuentro.

Sí, queridos jóvenes: dejemos que Cristo se encuentre con nosotros. Fiémonos de él, escuchemos su palabra. Él no sólo es un ser humano fascinante. Desde luego, es plenamente hombre, en todo semejante a nosotros, excepto en el pecado (cf. Hb 4,15). Pero también es mucho más: Dios se hizo hombre en él y, por tanto, es el único Salvador, como dice su nombre mismo: Jesús, o sea, «Dios salva».

Según lo que narra su pri-

mer biógrafo, esto es lo que sentía Francisco por Jesús: «Siempre llevaba a Jesús en el corazón. Llevaba a Jesús en los labios, llevaba a Jesús en los oídos, llevaba a Jesús en las manos, llevaba a Jesús en todos los demás miembros... Más aún, muchas veces, encontrándose de viaje, al meditar o cantar a Jesús, se olvidaba que estaba de viaje y se detenía a invitar a todas las criaturas a alabar a Jesús» (1 Cel 115). Así vemos cómo la comunión con Jesús abre también el corazón y los ojos a la creación.

En definitiva, san Francisco era un auténtico enamorado de Jesús. Lo encontraba en la palabra de Dios, en los hermanos, en la naturaleza, pero sobre todo en su presencia eucarística. A este propósito, escribe en su Testamento: «Del mismo altísimo Hijo de Dios no veo corporalmente nada más que su santísimo Cuerpo y su santísima Sangre» (Test 10). La Navidad de Greccio manifiesta la necesidad de contemplarlo en su tierna humanidad de niño (cf. 1



Cel 85-86). La experiencia de La Verna, donde recibió los estigmas, muestra hasta qué grado de intimidad había llegado en su relación con Cristo crucificado. Realmente pudo decir con san Pablo: «Para mí vivir es Cristo» (Flp 1,21). Si se desprende de todo y elige la pobreza, el motivo de todo esto es Cristo, y sólo Cristo. Jesús es su todo, y le basta.

Precisamente porque es de Cristo, san Francisco es también hombre de Iglesia. El Crucifijo de San Damián le había pedido que reparara la casa de Cristo, es decir, la Iglesia. Entre Cristo y la Iglesia existe una relación íntima e indisoluble. Ciertamente, en la misión de Francisco, ser llamado a repararla implicaba algo propio y original. Al mismo tiempo, en el fondo, esa tarea no era más que la responsabilidad que Cristo atribuye a todo bautizado. También a cada uno de nosotros nos dice: «Ve y repara mi casa». Todos estamos llamados a reparar, en cada generación, la casa



de Cristo, la Iglesia. Y sólo actuando así, la Iglesia vive y se embellece. Como sabemos, hay muchas maneras de reparar, de edificar, de construir la casa de Dios, la Iglesia. Se edifica con las diferentes vocaciones, desde la laical y familiar hasta la vida de especial consagración y la vocación sacerdotal.

Como en círculos con-

céntricos, el amor de san Francisco a Jesús no sólo se extiende a la Iglesia sino también a todas las cosas, vistas en Cristo y por Cristo. De aquí nace el Cántico de las criaturas, en el que los ojos descansan en el esplendor de la creación: desde el hermano sol hasta la hermana luna, desde la hermana agua hasta el hermano fuego. Su mirada interior se



LA VOZ DEL PAPA

hizo tan pura y penetrante, la paz» (Test 23).
que descubrió la belleza del Creador en la hermosura de las criaturas. El Cántico del hermano sol, antes de ser una altísima página de poesía y una invitación implícita a respetar la creación, es una oración, una alabanza dirigida al Señor, al Creador de todo.

A la luz de la oración se ha de ver también el compromiso de san Francisco en favor de la paz. Este aspecto de su vida es de gran actualidad en un mundo que tiene tanta necesidad de paz y no logra encontrar el camino para alcanzarla. San Francisco fue un hombre de paz y un constructor de paz. Lo pone de manifiesto también mediante la bondad con que trató, aunque sin ocultar nunca su fe, con hombres de otras creencias, como lo atestigua su encuentro con el Sultán (cf. 1 Cel 57). No es casualidad que su saludo de paz fuera una oración: «El Señor te dé

Queridos jóvenes, la figura de san Francisco habla a vuestro corazón. De buen grado os vuelvo a presentar su mensaje, pero sobre todo su vida y su testimonio. Es tiempo de jóvenes que, como Francisco, se lo tomen en serio y sepan entrar en una relación personal con Jesús. Es tiempo de mirar a la historia de este tercer milenio, recién comenzado, como a una historia que necesita más que nunca ser fermentada por el Evangelio.

[Selección tomada de L'Osservatore Romano, ed. semanal en lengua española, del 29-VI-2007]

“San Francisco habla a todos, pero sé que para vosotros, los jóvenes, tiene un atractivo especial. Su conversión sucedió cuando estaba en la plenitud de su vitalidad, de sus experiencias, de sus sueños. Había pasado veinticinco años sin encontrar el sentido de su vida. Pocos meses antes de morir recordará ese período como el tiempo en que «vivía en pecados» (cf. Test 1).



Beato Fray Leopoldo: “Alma y Corazón franciscano”

Los meses de septiembre y octubre están plenamente transidos del espíritu de Asís. San Francisco, con su vida hecha mensaje, continúa irradiando paz, alegría, pobreza, sencillez, dulzura, amor al hombre y a toda la creación... Es siempre el eterno mensaje evangélico que revive cada otoñada, que brota siempre fresco del corazón limpio y puro de Francisco de Asís: “El varón que tiene corazón de lis, / alma de querube, lengua celestial, / el mínimo y dulce Francisco de Asís,... que cantaría Rubén Darío. De la lectura de las biografías sobre el Beato Fr. Leopoldo y de las declaraciones de los dos Procesos que se hicieron, se puede sacar una conclusión clara: Fr. Leopoldo vivió e interpretó en grado eminente el caris-

ma franciscano capuchino. El documento básico que ha generado y alimentado la específica espiritualidad franciscano-capuchina, además de la Regla bulada y el Testamento de san Francisco, es el texto áureo de las Constituciones de 1536 que permanecieron en vigor, salvo ligeros retoques, hasta 1968 y que fueron las que conoció y vivió el Beato Fray Leopoldo.

La espiritualidad de Fray Leopoldo está basada en estos documentos: Regla, Testamento y Constituciones que unían en sí la esencia y vida de “nuestro Padre san Francisco”, como a él le gustaba llamarlo y repetía cuando alguien le pedía un favor: “Se lo pedimos a la Santísima Virgen y a nuestro Padre San Francisco”. Él extraía de esos textos la linfa que informaba cada una de sus actitudes inte-

riores, incluso en los más mínimos detalles. Desde el noviciado profundizó en su conocimiento y lo encarnó diariamente con los hechos de la propia vida.

Fray Leopoldo tuvo también un modelo insigne de santidad capuchina: San Félix de Cantalicio (1513-1587), de origen campesino como él, limosnero como él, contemplativo como él. Leyendo las biografías de uno y otro, aparecen luminosas analogías entre el imitado y el imitador. San Félix fue el primer santo de la Reforma Capuchina y ha gozado siempre de la veneración e imitación de todos los capuchinos. Su iconografía recibiendo al niño de brazos de la Virgen, que inmortalizara un día Murillo, ha ilustrado la vida y ha acompañado los pasos de muchos capuchinos a lo largo de la historia. La de-

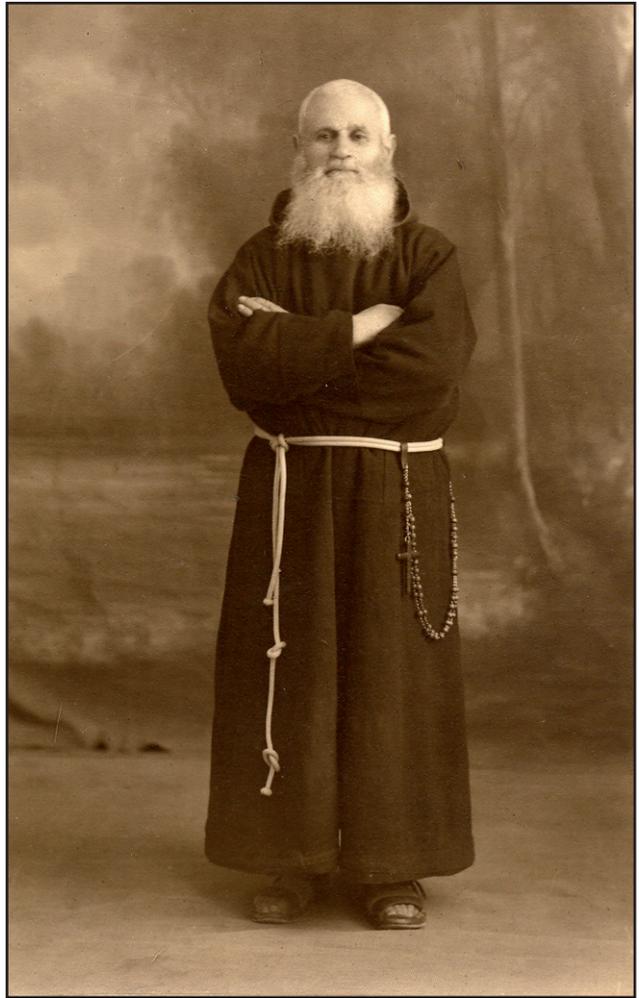


SIGUIENDO A FRANCISCO

voción de Fray Leopoldo a san Félix era tan grande que -- recuerda el testigo del Proceso Zacarías -- «en el día de su fiesta se ocupaba de hacer unas rosquillas que se bendecían en la misa y luego se distribuían entre la gente y los bienhechores».

Santidad exquisitamente franciscano capuchino que en su vida realiza la típica figura del hermano capuchino que se nutre de la Regla y del Testamento de San Francisco, alimentándose de las Constituciones de su Orden y contemplando un modelo con el que había congeniado perfectamente, San Félix de Cantalicio. En el fondo queda siempre la figura del Seráfico Padre San Francisco de Asís.

Es significativa la experiencia de Francisco: en los primeros meses de su conversión, vive en las afueras de Asís, aparece aturrido e inseguro, como un convaleciente sobre nuevas piernas. No ve clara la misteriosa voluntad de Dios. Apenas come, ni duerme. Lloro, llora muchísimo por la Pasión



de Cristo, porque sabe que la historia del Amor, no es una leyenda, ni un relato literario. Pasa noches enteras llorando de amor, al Amor perdido. “El Amor no es

amado”, repetía. “Dios mío y mi todo”.

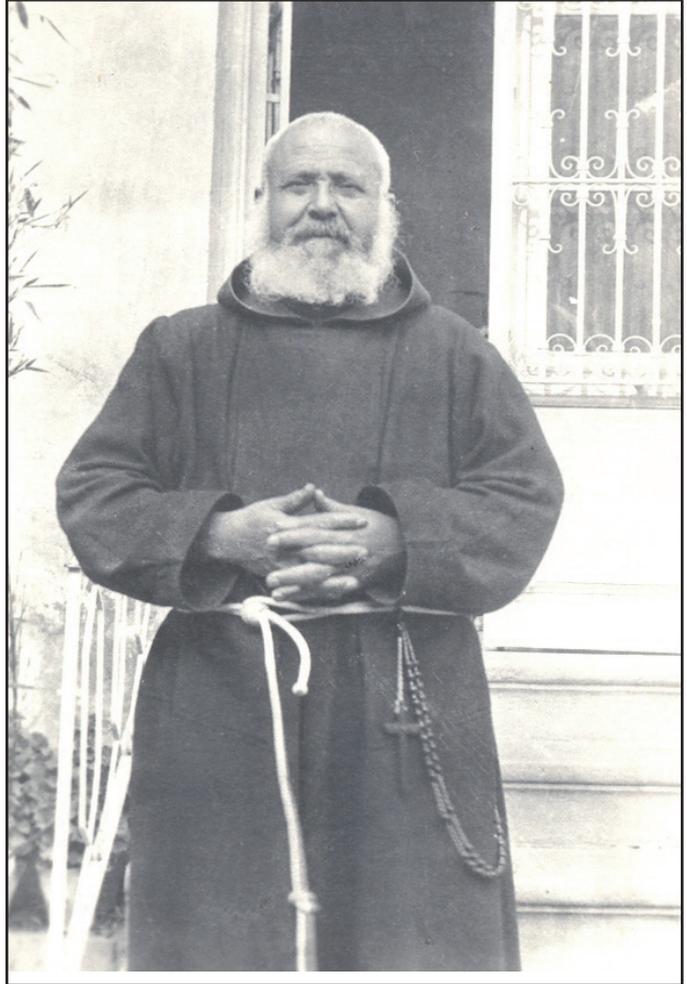
Su oración silenciosa junto a sus frailes, se hace rumorosa en el bosque. Dice Tomás de Celano: «Cuando



oraba en la selva, Francisco llenaba los bosques de gemidos, bañaba de lágrimas las piedras, se golpeaba el pecho y allí, como si hubiera hallado un lugar recóndito, hablaba en voz alta con Dios. Le respondía como a juez, le llamaba como a un Padre y le hablaba como a un amigo». Fr. Alejandro de Málaga, enfermero de Fr. Leopoldo en sus últimos años, recuerda que «en cierta ocasión sorprendió a Fr. Leopoldo llorando en su celda mientras estaba recogido en oración; al preguntarle qué le pasaba, por qué lloraba, me habló con la voz entrecortada de la Pasión de Cristo».

En la vida de San Francisco la oración ocupaba el lugar primordial; este primado hay que subrayarlo, hasta el punto que más que una persona que oraba era «alguien hecho oración». En la tradición franciscana ha estado siempre subrayado este primado de la vida contemplativa.

Para Fray Leopoldo como para San Francisco, la ora-



ción fue la gran maestra espiritual. San Francisco repetía que el verdadero hermano menor debe orar siempre. El Beato Fray Leopoldo vive de modo

admirable este dictado primordial, que se convierte para él, con el tiempo, en una actitud casi connatural del alma. El es «el verdadero y espiritual herma-



SIGUIENDO A FRANCISCO



no menor» que «siempre ora». Fray Leopoldo, como San Francisco, oraba siempre. Las calles de Granada eran para él su verdadero claustro. Llevaba siempre a Dios consigo. Nada ni nadie conseguía distraerlo, ni el rumor de los tranvías de la ciudad, ni el ir y venir de la gente que muchas veces para hablarle tenían que tirarle del hábito, ¡Tan absorbido caminaba!... Leopoldo amaba la «oración del corazón». «Orar no es otra cosa que hablar a Dios con el co-

razón». Se trata de un diálogo afectivo y del alma con Dios, según el más genuino ejemplo de San Francisco, que le hacía penetrar en los misterios más profundos de la fe, llegando a las cimas de la perfección.

El motivo central de su diálogo con Dios, era, como en Francisco, la Pasión del Hijo de Dios, «Cristo Crucificado», en el cual están escondidos todos los tesoros de la sabiduría y de la ciencia de Dios». Cristo Crucificado era la gran pasión de su

vida, hacía diariamente el Vía Crucis y fundó la Asociación Perpetua del Vía Crucis, apadrinando junto a la Sra. Blanca Rodríguez, la bendición del estandarte de la Asociación. Sentía una gran devoción a la imagen del «Cristo del Perdón» que se venera en la iglesia conventual. Zacarías recuerda que en una ocasión en la que visitó el convento el arzobispo de Granada, D. Balbino Santos, Fray Leopoldo le pidió indulgencias para los devotos del Cristo del



Perdón. Y el señor arzobispo las concedió en aquel mismo momento.

Su celda era «el santuario inexpugnable de la santa pobreza». De religioso, Fray Leopoldo, había aprendido de Francisco «la excelencia de la altísima pobreza». El desasimiento total de las cosas, su indiferencia absoluta llegaba hasta la pobreza del tercer grado de humildad, el más elevado, según Ignacio de Loyola: «la pobreza con Cristo pobre». Pobre sí, pero en su celda tenía algo esencial: el libro de la Regla y el de los Evangelios. Cuentan los religiosos y quienes lo conocieron que si se hubiese perdido la Regla de san Francisco, bastaría sólo con mirar a Fr. Leopoldo para encontrarla.

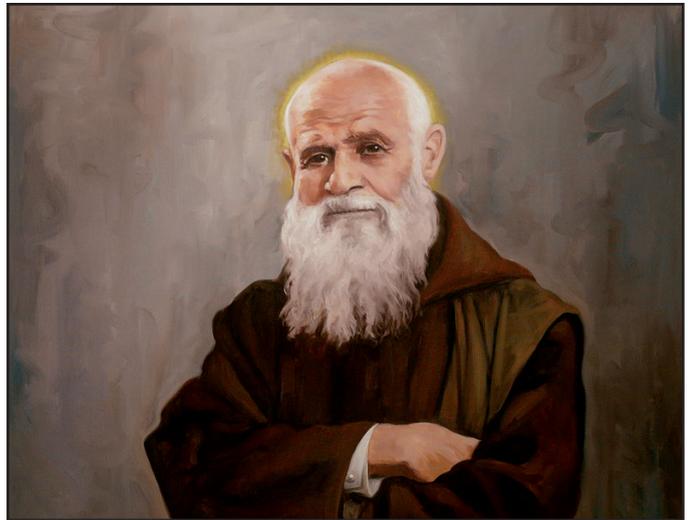
Muchas veces he imaginado yo -- dice el P. Benito de Íllora -- una comunidad formada por los santos de la Orden. Y siempre entre ellos me imaginaba ver a Fr. Leopoldo. Y pensaba yo: No desmerece este hermano de los otros: San Félix de Cantalicio, San Crispín de Vi-

terbo, San Félix de Nicosia, San Francisco de Camporoso, San Serafín de Montegrinario, San Conrado de Parzahn..., por lo que yo he leído de la vida de ellos, no han hecho más de lo que hace Fr. Leopoldo.

De la aventura terrena de Fray Leopoldo es posible vislumbrar la fidelidad integral a la Regla de san Francisco, del que encarnaba la auténtica imitación de Cristo y el espíritu de las Florecillas.



Fr. Alfonso Ramírez Peralbo
Vicepostulador



BEATO DIEGO JOSÉ DE CÁDIZ

(*Tercera entrega de "Trotacaminos de Dios"*)

CAPÍTULO SEGUNDO

El 12 de noviembre del año 1757 José Caamaño tomaba el hábito capuchino, o las santas lanas, como les gustaba decir en la literatura fluorescente y de brillantina de la época. El P. Maestro de Novicios, fray Eusebio de Sevilla, daba fe de ello en el libro de Tomas de Hábito:

"Sábado, 12 de noviembre de 1757, entre cuatro y cinco de la tarde, tomó nuestro santo hábito en nuestro convento de Capuchinos de Sevilla el H.º Fray Diego José de Cádiz (de edad natural de catorce años, siete meses y tres días...).". Al mismo tiempo cambiaba de nombre. Para ser más exacto se los cambiaban. No sólo el nombre sino también los apellidos. En lugar de éstos, recibían el nombre del pueblo o ciudad de origen. José Caamaño será desde ahora

fray Diego José de Cádiz. Así quedó establecido aquella tarde otoñal sevillana entre las cuatro y las cinco.

Se daba como razón espiritual para estos cambios: que había que dejar atrás todo lo que recordara la vida anterior, todo lo que supiera al siglo. Pero había otras razones, otras motivaciones. Para mí más fuertes que la anterior. Tengamos en cuenta que estamos en tiempos en que lo mismo se hacía capuchino un Borbón que el hijo de la criada de ese Borbón, un Duque de Parma que su caballerizo. Añadamos a esto que son tiempos de rabioso clasismo en que las sangres azules se oponen tenazmente a mezclarse con sangres a colores.

Con esta medida, los Bor-

bones, Parmas y otras aleluyas azules quedaban enterrados en los amarillos archivos junto a sus débiles y grises hermanos los García y los Pérez. Así pues, esta medida aparentemente fútil, tenía una misión evangélicamente raseante y niveladora. A partir de entonces todos formaban una sola familia: la franciscanocapuchina.

Por supuesto que no eran estos los únicos cambios a realizar. Había que transformarlo todo, ponerlo todo patas arribas. Como dice Chersteston de san Francisco, dar una fenomenal vuelta de campana y poner arriba lo que hasta ahora estaba abajo y al revés. "Lo que antes me parecía dulce se me convirtió en amargura, y lo que antes me parecía amargo se me convirtió en



dulcedumbre del ánimo y del cuerpo”, dice Francisco de su conversión. Esto es lo que buscaba y se proponía fray Diego de Cádiz en aquella tarde de otoño sevillano en que tomaba el hábito. Y en este cometido no estaba solo. Todo lo que le rodeaba -convento, libros, religiosos, sobre todo el padre Maestro- iba a ayudarle. Ellos iban a ser hayas y

nodrizas de esa nueva vida que empezaba. Todo este complejo de cosas iba a ser como la tierra, el humus, en que el roble trasplantado de la serranía gaditana iba a echar raíces y crecer.

El convento de Sevilla estaba construido ortodoxamente como ordenaban las Constituciones de la Orden: “Y para .que los seglares

puedan servirse de nosotros en las cosas espirituales, y nosotros de ellos en las temporales, ordenamos, que nuestros conventos no se tomen muy lejos de las ciudades, villas y lugares, ni tampoco tan cerca, que por la mucha frecuencia de la gente padezcamos detrimento”.Sí, el convento de Sevilla está construido en el lugar exacto, en el lugar

SIGUIENDO A FRANCISCO

geográfico que podríamos llamar capuchino. Fuera de las murallas de la ciudad, para poder rezar y estudiar. Cerca de las murallas de la ciudad, para poder atender espiritualmente a los cristianos. Donde sigue hoy día. Junto a la puerta de Córdoba. A pesar de que el convento de Capuchinos estaba en el mismo lugar que ahora, del convento de entonces queda muy poco. Está, por ejemplo, la habitación convertida en capilla, de lo que según la tradición fue celda de fray Diego durante el Noviciado. Es una habitación pequeña como eran entonces las habitaciones o celdas capuchinas, de dos metros de largo por dos de ancho y otro tanto de altura.

“Las celdas, decían las Constituciones, en lo largo y ancho no pasen de nueve palmos y diez en alto (...). Las ventanas dos y medio de alto y uno y medio de ancho”. (Nota: El palmo, igual



a palma abierta correspondiente a 22 centímetros.)

Lo que en esa habitación cabía, además de fray Die-

go, era una tabla adosada a la pared, que hacía de cama.

“Y porque nuestras camas sean semejantes a aquella sobre la cual murió el que

dijo “las zorras tienen sus cuevas, etc.” y por ser también más vigilantes y solícitos para la oración se ordena que los frailes ordinariamente duerman sobre paja, cubierta con angeo grosero –(pañó basto procedente de Anjou)-. Pero si los mozos más robustos quieren por mayor austeridad dormir solamente sobre una estera o sobre las desnudas tablas, lo podrán hacer con licencia de los Prelados cuando se juzgare que no les hace daño” (Constituciones). Nuestro fray Diego se apuntó a esto último como si se tratara de una habitación de cinco estrellas.

Poco más había y había en la celda de fray Diego: una especie de repisa que hacía de mesa, el crucifijo, las disciplinas, el breviario, un libro espiritual y un par de abejas que entraban de la huerta en primavera por ese agujero que hemos llamado ventana. Y en verano, la variante de un par de avispas que

venían de las parras vecinas en busca de fresco. También había ángeles, pero estos no daban la cara.

También está la iglesia. Imaginemos que fray Diego se da una vuelta actualmente por ella. Más o menos nos diría: “sí, es ésta. En este coro bajo rezábamos en verano el Oficio divino. En invierno lo hacíamos en el coro alto. Estas cosas siguen igual. Sin embargo, noto algunos cambios. Veo que hay imágenes, en vez de los cuadros de Murillo. En mi tiempo sólo había una imagen, la de la Divina Pastora, que yo traje y bendije unos años antes de mi muerte”.

Como fray Diego no sabe qué se ha hecho de los cuadros de Murillo, habrá que explicárselo. Podría pensar que como los gustos de los religiosos cambian y a los guardianes les gusta hacer algo, aunque sea tabicar una ventana y abrir otra medio metro más allá, para

no pasar desapercibidos, a lo mejor cree que a cierto Guardián no les gustaban los cuadros de Murillo y los cambió por las imágenes actuales. Había, pues, que decirle que no fue así, sino que el Gobierno se hizo de ellos, los incautó, en el siglo pasado, unos años después de su muerte.

Al volver los religiosos al convento, después de la exclaustación, se encontraron sin los cuadros de Murillo y sin un Murillo de repuesto que les pintara otros. Así es que poco a poco, como hormigas benedictinas, fueron llenando las hornacinas de imágenes, unas más bonitas, otras no tanto.

Entre las buenas, la Dolorosa. Y sobre todas, la Divina Pastora con cierto aire y corte de Venus de Milo, pero más espiritual. “También observo, añadiría fray Diego, que el color de la iglesia es distinto. En mi tiempo la iglesia estaba

SIGUIENDO A FRANCISCO

sencillamente blanqueada, con cal de Morón. Es lo que permitía nuestra pobreza. Además a mí me gustaba más de aquella manera.’

Parte importante del convento era la huerta. Era su pulmón, espiritual y fisiológico, y también la despensa de fray Diego y sus hermanos. Se extendía por lo que hoy es la Clínica de la Cruz Roja, Jardín de Capuchinos, gasolinera, pisos cercanos y parte de la Avenida de la Ronda. Toda ella cercada por una tapia clausurera. Más allá de ella, el campo abierto, la llanura sevillana, algunas huertas, muchas mieses sin la rosa blanca del algodón aún, pero con La echaría de menos fray Diego y nos preguntaría qué sucedió. Habría que contarle toda la verdad y decirle con pena que, diversas mareas de cemento y ladrillo la inundaron. La última, la del 70, fue la peor de todas, fue total, como una riada mala del Guadalquivir, de las que fray Diego conoció.



Nos preguntaría igualmente por las Capillas de la huerta y por el bosque. En la orden

capuchina los árboles son tratados con mimo y cariño, como los manuscritos en la edad media, casi como

personas. No hay distinción entre el árbol útil y productivo como el naranjo y el de hojas limpias y manos vacías como el ciprés. La distinción de san Francisco del religioso trabajador y el religioso holgazán -los fray Moscas- que hay que ahuyentar de la Orden, no es aplicable aquí. Para todos los árboles el mismo amor y la misma protección.

Cortar una rama de árbol es casi tan malo como cortar el brazo de una persona humana. Arrancar un árbol ya no tiene nombre. Para hacer lo uno o lo otro se necesitan más trámites que para reformar el Palacio Real. El que se atrevía a hacer algo de ello sin estos trámites era severamente castigado, aunque se tratara del Guardián -Superior-. Ninguna sociedad ecológica de nuestros días, ningún grupo de amantes de la naturaleza ha superado estas leyes y este amor a los árboles. Por eso, en las huertas capuchinas, además de la tierra cultivada por los mismos religio-

sos, dedicadas a hortalizas y plantadas de árboles frutales, había siempre un rincón en que la naturaleza crecía salvaje, donde el pino, la retama, el acebuche, el ciprés, la palmera, vivían enmarañados y hermanados. Era el bosque. Lugar de cita de jilgueros, mirlos, gorriones y religiosos en oración. Era uno de los sitios predilectos de fray Diego novicio. Sobre todo a la caída de la tarde, cuando había terminado su trabajo.

También gozaba con entrar en una de las tres capillas que había adosadas a la tapia de la huerta. Su predilecta era la de la derecha, dedicada a la Divina Pastora. En el camino hacia ella, se encuentra con la hermana rosa y la flor del tomillo y del romero, que flanquean los caminos. Pero fray Diego sigue adelante, sin olerlas, porque en su programa de mortificación hay una cláusula que dice: “mortificaré el olfato, no oliendo olor alguno suave de flor”.

Respetemos los puntos de vista de los santos, aunque personalmente no los aceptemos. Este remanso de paz y silencio era el entorno en que la espiritualidad de fray Diego maduraba.

En la puerta del convento se leían los versos de santa Teresa: “Oh dichosa soledad, oh, sola felicidad”. No estaban de adorno. Eran una realidad. Le ayudaban también, en esta tarea de ser capuchino y santo, los demás religiosos del convento. Los había de todas las edades. Tenían un mismo proyecto, aunque eran distintos, como distintas y diversas eran sus barbas.

El barbilampiño fray Diego, a sus quince años, era un ángel murillesco en aquella sementera de barbas tan diversas; puntiagudas de rabino, ovaladas del Pesoe, macizas y largas como la del Moisés de Miguel Ángel. Ni una había recortada, pues lo prohibían las Constituciones de la Orden. “Y dejen crecer la barba a ejemplo

SIGUIENDO A FRANCISCO

de Cristo, por ser cosa viril, natural y austera, pero no las críen, como manda el Canon”. Es decir, no las recorten y arreglen. Eran barbas a su aire, al natural, no mesadas, como las del Cid. Detrás de aquellas barbas había unos corazones nobles e ingenuos, como de niños. Aunque en esto de la sencillez franciscana siempre se han llevado la nota más alta los hermanos legos, todos competían. No importa la historia que hubiera a sus espaldas.

Porque aquel enjambre de religiosos venía de dos mundos distintos y opuestos. Estaban los que como fray Diego llegaban estrenándolo todo, juventud, corazón, voz, persona y los que ya venían de vuelta de todo. Aquellos a los que se refería el turista inglés que contemplando desde el Tajo de Ronda al Guadarvín -“arroyo profundo”- que sale furioso de las rocas para remansarse después, comentaba: “es una parábola, y no mala, de la vida del

viejo español, que termina en el quietismo del monasterio después de una vida pasada en la guerra, las dificultades y las oraciones”.

Había sido sonado el caso de D. Tiburcio Redín, que dejó su agitada vida militar y antipiratera para hacerse hermano capuchino en Zaragoza. Este era el caso también del P. Francisco de Perusa, que entonces residía en nuestro convento de Sevilla.

Dicen las crónicas que dicho P. Francisco de Perusa había sido guardia de Corps de Felipe V y que con ocasión de hallarse la Corte en Sevilla y dada la familiaridad con que el Rey trataba a los Capuchinos cobróles grande afecto, pero sin abandonar su licenciada vida. Sucedióle un día, yendo a las fiestas de la Consolación de Utrera, que al entrar en el santuario, una fuerza oculta y misteriosa lo detuvo y repelió con violencia. El, creyendo que se trataba de la muchedumbre que obstruía la puerta, intentó entrar de

nuevo, pero fue rechazado nuevamente. Comprendiendo que la Virgen lo rechazaba por sus muchos pecados, se resolvió a dejar la Corte y se hizo capuchino en nuestro convento de Sevilla. Cuando fray Diego era novicio, este P. Perusa era ya muy anciano y estaba en la enfermería.

Arropado por los ejemplos y consejos de estos religiosos, fray Diego cada día está más entusiasmado de su nueva vida. Toda la Comunidad está contenta con el joven novicio. El citado P. Perusa más que ninguno. Un día se lo dice al P. Maestro de Novicios: “Mucho bien pienso que nos ha traído el Señor con ese chiquito, cuídelo con esmero y mírelo con amor”.

(continuará)

ENAMORARNOS DE LA HUMILDAD



No hace falta aclarar que hay infinidad de virtudes, a cual mejor, pero yo me quedo con la humildad. Considero que sin esta gran virtud no podemos caminar. Al buscar un tema para escribir este artículo, no lo dudé un momento, pues siempre he estado enamorado de la humildad, tanto que me reprocho no haberlo hecho hasta ahora, siendo para mí un tema tan atractivo y encantador.

Sin la humildad no podemos ir a ningún sitio. Ello no quiere decir que yo sea humilde y, desde luego, no me agradaría creer que he llegado a serlo, pues de yo admitirlo sería una gran vanidad y una manera de no ser auténticamente humilde. No olvido lo que aprendimos de pequeños en el catecismo: “Contra soberbia humildad”.

Si algún día yo llegara a ser

humilde, tampoco querría saberlo, porque solamente con creer que había llegado a tan sublime altura,

se vendría todo por tierra. Conformémonos con ser hormiga y no elefante.



Por mucho que razonemos y tratemos de ser humildes, nuestra tendencia humana, siempre impregnada de soberbia, nos alejará de todo lo que huelga a humildad, pero nosotros debemos inclinarnos a lo sencillo, a lo sobrio, a lo modesto, evitando a toda costa la notoriedad. Creo que ninguna gran persona llegó a serlo por dotarse de grandeza, de prepotencia, de vanidad, ya que ello sería la forma más lejana de la santidad. ¿Qué santo o santa puede alcanzar tan alto rango, sin adentrarse en el crisol de la humildad?

Bien es verdad que pretender llegar a la santidad sería si nos propusiéramos tejer más fino, pero sin darnos cuenta, porque si nos aperciéramos que íbamos perfeccionando y ganando en santidad, ello sería suficiente para estancarnos y no seguir avanzando. “El encanto de las rosas es que siendo tan hermosas no conocen que lo son”, dice el poeta. La Biblia nos recomienda “ser sencillos como palomas y



astutos como serpientes”, o sea, por todas partes recomendándonos la sencillez, la modestia, la humildad.

No soy jactancioso, pero quizás porque soy observador, noto si una persona es o no humilde, ya que de un modo u otro, suele delatarse la falta de humildad. Por el contrario también se nota si una persona es humilde cuando se le ve sincera y lleva a la práctica lo que decía la andariega santa Teresa de Jesús: “La humildad

es la verdad”. No debemos pensar mal si alguien insiste en ser humilde, a base de decir la verdad, aunque en apariencia nos parezca que presume, porque se presta a pensar que está alardeando de la verdad de su aserto, cuando en realidad está hablando sinceramente.

Ricardo Márquez Villergas

A LAS GENTES DE RUSADIR

1.912 – 2012



Málaga, 4 de agosto de 1912. El calor cae de plano abrasando el puerto, donde dos hábitos capuchinos esperan aguantando como pueden, la hora de embarcar con destino a Melilla. Son Fray Ildefonso de Cuenca y Fray Felipe de Coín.

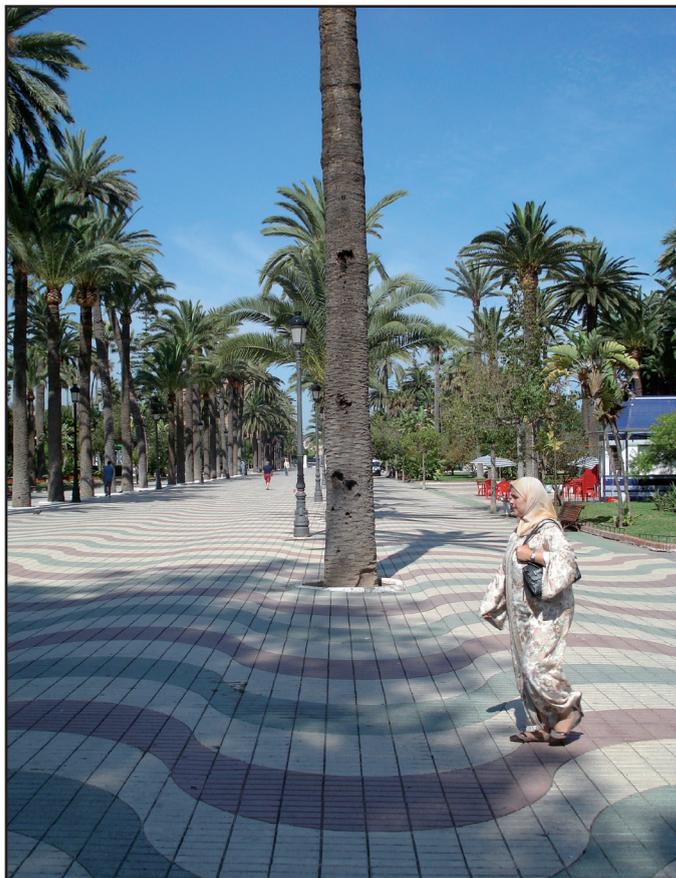
Melilla, 4 de enero de 2004, son las once de la noche. Una noche de invierno, con oleaje que amenaza tener una travesía movida. Un capuchino se despide de los numerosos amigos que han acudido al puerto. Es Fray Fernando Linares. Tras él queda definitivamente cerrado el convento de Capu-

chinos en Melilla. Después de casi un siglo de estancia capuchina en la Ciudad, deberíamos preguntarnos ¿qué quedó de nuestra presencia allí? y ¿qué quedó de Melilla en los corazones de quienes estuvimos viviendo en ella? Siempre nos preguntamos lo primero pero rara vez he

oído hablar cuando desgraciadamente hemos dejado una presencia, qué quedó en nuestro corazón y en el corazón de las gentes con quienes convivimos. Al fin de cuentas conquistar un corazón es cosa de dos y esa es la mayor obra, y la huella más profunda que podemos dejar, más allá de los bie-



CENTENARIO DE LOS CAPUCHINOS EN MELILLA



nes inmuebles, el arte o las obras sociales. Los pobres son la riqueza de la Iglesia y “la gente” del pueblo llano y sencillo, deberían ser, si no lo son, nuestra única riqueza. El adorno de nuestro corazón. ¿Sembramos la semilla de Dios en el corazón del pueblo?

Quien haya tenido la suerte, la gran suerte, de vivir o visitar Melilla, lo primero que le sorprenderá, es precisamente lo que no espera: una ciudad que derrama arte modernista en numerosos edificios. Un mosaico de barrios con personalidad propia y estilos muy marca-

dos, no solo en el trazado de calles, edificios y demás sino también en la idiosincrasia de quienes los pueblan: Batería J o Cabrerizas, el Pueblo, el Hipódromo, la Victoria, el Real, Calvo Sotelo, el Arenal, la Cañada, Carretera de Hidúm, el Tesorillo, etc... Un mercado, con su mezcla de olores y colores entre lo “europeo” y lo “local”, entre los pesos electrónicos y las balanzas romanas. El trato familiar y cercano de todos los vendedores; las excelencias de los productos del mar y de aquella fértil tierra. Todo ello incomparable con el corazón abierto y los brazos extendidos de sus gentes. GENTES DE RUSADIR.

Como ciudad costera Melilla es acogedora por naturaleza. A través de siglos muchos han ido y venido. Es imposible sentirse extraño o lejos de casa cuando se llega a esta hermosa ciudad. Hombres y mujeres que han cultivado el arte de la amistad llana y sencilla, ofrecen abiertamente su simpatía,

CENTENARIO DE LOS CAPUCHINOS EN MELILLA



su cultura, su religión, su ciudad, su tiempo. No es difícil entrar en su corazón, lo más difícil es arraigar en él. Los Capuchinos llevamos una larga, larguísima trayectoria en la antigua Rusadir. Desde Fray Basilio de Antequera allá por el siglo XVII, hasta principios del siglo XXI, muchos hemos trabajado por sembrar, acrecentar y florecer la Palabra de Dios en medio de los melillenses. Muchos han sido los sacrificios, sin embargo nada importan, con

tal de que Ésta quede bien arraigada en sus corazones. Creo que ha sido posible sobre todo porque los Capuchinos también hemos sabido acercarnos, adentrarnos, enraizarnos en sus corazones abiertos. La semilla de la Palabra de Dios, quedó sembrada desde la ternura, la apertura a una manera de ser única y sencillamente: los frailes del Pueblo. Y la gente supo leer también en nuestros corazones el afecto sincero que les mostramos. En la distancia aún conser-

vo en un rincón de mi corazón, el encendido ascua del recuerdo y el afecto a tantas buenas gentes que me brindaron mucho. Mi gratitud a la ciudad y a sus gentes que siempre me acogieron.

Fray Fernando Rodríguez



Nombre: Eduardo

Apellidos: Rodríguez Marqués

-Hace el Noviciado en el CIC de Estella (Navarra).

-Es destinado a Granada para iniciar sus estudios sacerdotales en la Facultad de Teología.

-Ordenado sacerdote en 2003.

-Maestro de novicios en Antequera 2004-2005.

-Destinado a Roma para especializarse en Antropología Cristiana.

-Superior del convento de Sanlúcar de Barrameda desde julio de 2008

Fray Eduardo Rodríguez Marqués

Hace cuatro años que nuestro Hermano fue nombrado Superior del convento de Sanlúcar de Barrameda (Cádiz) y nos sentimos gratamente sorprendidos por el esfuerzo y la ilusión que ha invertido en convertir nuestro convento en un museo vivo de nuestra historia capuchina, así como, una conservación del mismo que nos hace ilusionarnos al comprobar como se mantiene el ambiente de recogimiento, en un lugar idóneo para poder disfrutar de un espacio para el trabajo y oración.

No han sido obstáculo las carencias económicas para conservar maravillosamente el histórico convento, lugar donde reposan los restos del Padre Estaban de Adoain y muchos hermanos nuestros, pues resulta que es el único convento de Andalucía que cuenta con cementerio propio.

Fray Antonio Ruiz de Castroviejo

Nuestros hermanos capuchinos de Jerez, están celebrando el 350 aniversario de nuestra llegada a Jerez de la Frontera y gracias al trabajo bien hecho de la comunidad actual, animados por su superior Fray Antonio Ruiz de Castroviejo, el noble pueblo de Jerez les agradece públicamente dedicándole una calle al recordado Fray Francisco de Jerez.

El apoyo social a instituciones benéficas, destacando la cesión de parte de nuestro convento a la sede social de Manos Unidas, así como apoyo a programas destinados a colectivos desfavorecidos de la ciudad, sin olvidarnos del famoso belén que año tras año se coloca en nuestro convento y hace que los Capuchinos sean muy queridos por el pueblo jerezano.

Nuestro convento está al servicio de la comunidad jerezana; a cualquier hora sus puertas están abiertas para toda clase de personas o entidades que necesiten del apoyo de nuestros queridos hermanos.



*Nombre: Antonio
Apellidos: Ruiz de Castroviejo
Alba*

*-Guardian del Convento de
Jerez de la Frontera
1997-1999-2002*

2008-Hasta la fecha.

*-Definidor Provincial 1999-
2002 2005-2011.*



Premio San Juan de Dios



Fray Rafael Pozo Bascón

Nuestro querido hermano, fundador de la Asociación Paz y Bien, ha sido noticia en estos días al recibir el “Premio San Juan de Dios” otorgado por el Ilustre Colegio de Enfermería de Sevilla, dicho premio goza del máximo prestigio pues con anterioridad lo recibieron instituciones como “Hijas de la Caridad”, “Cáritas”...

Se ha premiado el trabajo de 33 años en favor de las personas con necesidades especiales, creando una red de servicios por el que se benefician más de mil familias y dando empleo a 375 profesionales.

Igualmente, en 1994, creó la Fundación tutelar TAU, tutelando a 220 personas que han sido incapacitadas por el ministerio fiscal.

Imágenes del reciente premio del Colegio de Enfermería de Sevilla otorgado a Paz y Bien de donde Fray Rafael Pozo Bascón es fundador y vicepresidente.

FRAY ANTONIO DE SEVILLA, SEGUNDO PREMIO DE RELATOS CORTOS EXEDRA

PRESENTÓ EL RELATO QUE LLEVA POR TÍTULO LA DESPEDIDA



Fray Antonio de Sevilla ha sido galardonado con el 2º premio de Relatos Cortos “Exedra” por un relato basado en el artículo publicado en “El Adalid Seráfico” con motivo del fallecimiento de fray Antonio Flores. La sensibilidad expresada en el mismo ha llevado al jurado del con-

curso a premiar la acertada exposición de los sentimientos ante la pérdida de un ser querido. Guadalupe Simancas fue la encargada de recoger el premio, así como de leer el relato en público, ya que fray Antonio se encontraba fuera en ese momento.

Exedra es una asociación sin ánimo de lucro, fundada en 2003 por un grupo de profesores jubilados de Sevilla. Cuenta con unos trescientos asociados, la mayoría profesores, aunque hay socios colaboradores de distintas profesiones. Su

presidente es uno de los socios fundadores, don Luis Sabacas España.

La sede se encuentra en la calle Santiago nº 6, en un pequeño local que el ayuntamiento les cedió, aunque las asambleas y actos culturales se celebran en las instalaciones de Emasesa o en el centro Cultural Buhaira, que los ceden gratuitamente siempre que les son requeridos.

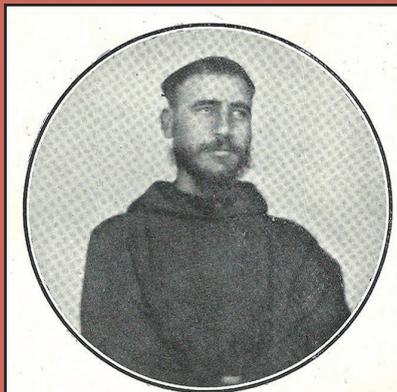
Las actividades de Exedra son culturales: Viajes para conocer Sevilla, los pueblos de la provincia y el resto de Andalucía; charlas; veladas literarias y concursos;

representaciones teatrales; exposiciones de pintura y talleres de informática.

Se colabora con distintas ONG, como son: Costaleros para un Cristo Vivo, Sevilla Acoge y también se prestan a ofrecer refuerzos educativos a niños en barrios marginales. Como la vida no se acaba con la jubilación, los profesores jubilados de Exedra continúan sirviendo a la sociedad en los más desfavorecidos, desinteresadamente y de manera admirable.

Que el galardón literario concedido a fray Antonio de Sevilla sirva de estímulo a todos los que, en los diversos campos de su vida, se esfuerzan un poco por hacer la vida más fácil para los demás.

Primer centenario:



M. R. P. Marcelo de Campillos
 Doctor en Filosofía y Letras, Miembro del Claustro de Doctores del Seminario Pontificio de Sevilla, Definidor de nuestra Provincia Bética y Director que fué de "El Adalid Seráfico". Muerto santamente en Santlúcar de Barrameda el 21 de septiembre

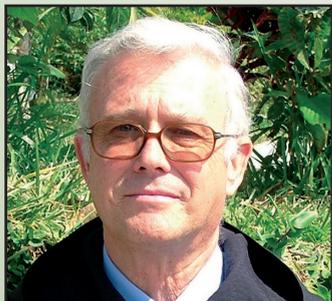
Fray Marcelo de Campillos

Fray Marcelo de Campillos: Definidor provincial y lector, fue modelo de observación y pobreza; amatísimo de la oración en cuyo ejercicio pasaba muchas horas del día.

claustro de doctores de la universidad pontificia de Sevilla. Murió lleno de méritos y virtudes, dejando edificados a todos los religiosos.

Humilde, austero y penitente; muy erudito en las ciencias eclesíasticas por lo que fue nombrado miembro del

Murió el doce de Septiembre de mil novecientos doce a los treinta y un años de edad, siendo Director del Adalid Seráfico.



¿DONDE COMEMOS HOY?

Seguramente, muchos de nuestros lectores se sorprenderán de este encabecamiento, pues parece ser que estamos seleccionando uno de los restaurantes catalogados por la guía Michelin. Nada más extraño y diametralmente opuesto a esta conclusión, les estoy hablando de tantos y tantos hombres y mujeres que lo han perdido todo (incluso el piso) y que no saben donde conseguir un plato de comida.

No sabemos hasta donde llegará nuestra crisis, lo que sí es cierto es que se acabó el tan cacareado estado del bienestar; las personas mayores y dependientes, son obligados a abandonar pi-

tos tutelados y residencias homologadas por la situación económica de sus familiares.

Y así podríamos enumerar colectivos que se encuentran en situación de desamparo como enfermos mentales, menores, inmigrantes...

La situación es tan grave que nos estamos acostumbrando a contemplar comercios cerrados, pequeñas industrias, pues ha caído en picado el capital circulante; los impagos se multiplican y los bancos están ahogando al pequeño y mediano empresario, los préstamos o líneas de crédito se han reducido un 80%. Y ante esta

perspectiva, sin esperanzas de que esto cambie a corto plazo, los comedores sociales se ven desbordados por una "clientela" jamás sospechada.

¿Somos los cristianos conscientes de la situación en que viven muchos de nuestros hermanos?

No olvidemos las palabras de Jesús:

Porque tuve hambre... porque estuve enfermo... porque estuve sin trabajo... porque me quitaron el piso.

“Lo que hicisteis por uno de estos, a mi me lo hicisteis”.

Fray Rafael Pozo Bascón
Capuchino.

Niños italianos escriben al Niño Jesús



- Querido Jesús, En la catequesis nos han dicho todo lo que haces. Pero cuando estás de vacaciones, ¿quién te sustituye? Maria.

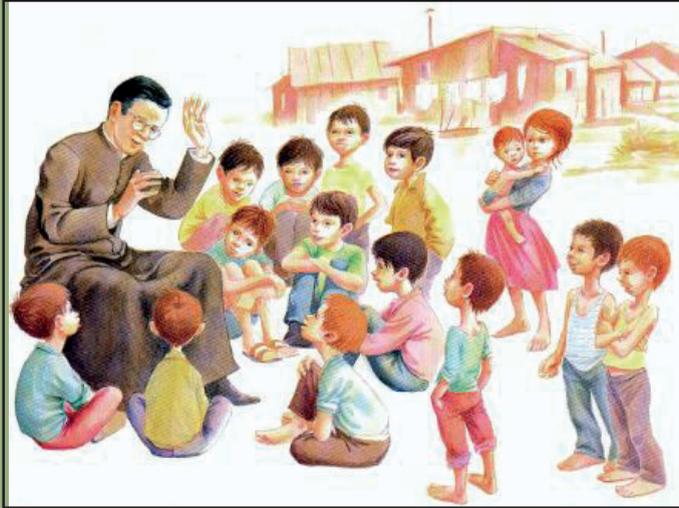
- Querido Niño Jesús ¿Tú cómo sabías que eras Dios? Carlos.

- Querido Jesús, ¿De verdad eres invisible o es solo un truco? Juan.

- Querido Niño Jesús, por favor pon un poco de vacaciones entre Navidad y Semana Santa. Es que ahora en medio no hay nada. Marco.

- Querido Jesús, ¿La jirafa la querías hacer así o fue un accidente? Patricia.

- Querido Niño Jesús, ¿El párroco es amigo tuyo o



solo es un compañero del trabajo? Antonio.

- Querido Niño Jesús, Me gusta mucho el padrenuestro. ¿Se te ocurrió enseguida o lo tuviste que hacer varias veces? Yo siempre que escribo algo lo tengo que repetir. Andrea.
- Querido Niño Jesús, Me gustaría saber cómo se llamaban tu buey y tu mula. Valentina.
- Querido Jesús, Cuando has hecho al primer hombre, ¿funcionaba bien como nosotros ahora? Tomás.
- Querido Niño Jesús, yo soy italiano, ¿y tú? Roberto.
- Querido Niño Jesús, gracias por el hermanito,

PARA LOS NIÑOS

pero yo lo que había pedido era un perro. Gianluca.

- Querido Niño Jesús, ¿Cómo es que no has inventado ningún animal en los últimos tiempos? Tenemos los de siempre. Laura.
- Querido Niño Jesús, Me gustaría que hicieras gente que no se rompa tanto. A mí ya me han puesto tres puntos y una inyección. Sandra.
- Querido Niño Jesús, A lo mejor Caín y Abel no se mataban si hubieran tenido una habitación cada uno. Con mi hermano funciona. Lorenzo.
- Querido Jesús, No te preocupes por mí. Yo miro siempre a los dos lados antes de cruzar. Marco.
- Querido Niño Jesús, Seguro que para ti es difícilísimo querer a todos en todo el mundo. En mi familia solo somos cuatro y yo no lo consigo. Violeta.
- Querido Niño Jesús, A veces pienso en ti aunque no esté rezando. Ricardo.

¿Creen los lectores que en alguna respuesta no intervino la abuelita?



SE ACABÓ



IMÁGENES DE FRAY LEOPOLDO

Les ofrecemos una curiosidad muy singular en esta página. Se trata de la primera vez que una imagen de Fray Leopoldo sale en procesión. La terracota de nuestro Beato, de la que es autor Fray Alejandro de Málaga y que tiene gran devoción entre los fieles de Sanlúcar de Barrameda, salió a las calles sanluqueñas acompañando a la Divina Pastora. Es digno de admirar el austero y artístico templete que alberga la venerada imagen.



El altar de los cultos que la fraternidad capuchina de Córdoba y la Orden Franciscana Seglar ofreció al Beato Fray Leopoldo en este año 2012. La imagen es obra de Juan Martínez Cerrillo (1910-1989), el escultor, pintor e imaginero de Bujalance. El convento de capuchinos cordobés guarda algunas pinturas de este artista en el retablo principal de la iglesia, y una galería de santos de la Orden en sus claustros, fechadas en la posguerra cuando el joven imaginero estaba alcanzando madurez y notoriedad artística. La única imagen de Fray Leopoldo que Martínez Cerrillo llegó a modelar es la de la fotografía y recibe culto en el atrio de la iglesia cordobesa de capuchinos siempre muy cerca de sus devotos a cualquier hora del día.